

Si Quieres Ser Hermosa, Sé Modesta

Una vez, mientras leía una novela de Milán Cundiera, me topé con una poderosa afirmación que decía: “Ser una mujer no significa en primer lugar ser uno de los dos sexos: representa un valor” (*La Insoportable Levedad del Ser*). Al reflexionar en la virtud de la modestia, me doy cuenta que esta afirmación es fundamental en cuanto a lo que subyace en el centro del mensaje de modestia. Es un mensaje que arroja luz sobre el valor y la dignidad de la mujer y cómo se distingue metafísicamente del hombre. ¿Qué quiero decir con esto?

Permítanme comenzar con lo siguiente: no creo estar diciendo algo nuevo al afirmar que todas las chicas quieren ser hermosas y yo misma no soy la excepción. Queremos ser hermosas no solamente para los demás, sino para nosotras mismas también. Desde el instante en que nacemos, llevamos en nosotros ese deseo persistente de que otras personas, especialmente los hombres, reafirmen y se deleiten con nuestra belleza. Requerimos atención y, aunque muchas chicas no se dan cuenta de ello, este deseo de atención y de belleza va más allá del terreno físico que tiene que ver con la moda y la estética. Pero puesto que la moda es parte de la estética, siempre hace un reclamo a la naturaleza y los estándares de la belleza. De lo que yo me di cuenta, es que ese modo misterioso en el que particularmente las mujeres están atadas a la idea de la belleza, incluso sólo a nivel físico, señala directamente a un valor particular que como tales tenemos. Dietrich Von Hildebrandt lo expresa muy bien cuando escribe: “Cada vez que un valor auténtico nos afecta, cada vez que un destello de belleza, bondad o santidad hiere nuestro corazón... realmente se produce un cierto cambio en nuestro ser...” (Hildebrandt p. 23). Yo creo que esto revela cómo lo hermoso juega un papel vital y determinante en la vida del hombre. La belleza tiene el poder de transformar al hombre, de inspirarle acciones nobles y justas, de influir en su dimensión más profunda—su corazón. Y yo pienso que toda chica y toda mujer está destinada a ello, sea consciente o no. Ella ha de ser bella y ha de ser valorada; valorada por la manera en que su manifestación de la belleza inspira y eleva el corazón del hombre hacia lo auténtico y lo bueno, hacia una especie de regocijo y anhelo por la vida misma.

¿Y entonces qué papel juega la modestia a la luz de todo esto? La influencia de una mujer hacia el bien comienza con la manera como elige presentarse exteriormente a sí misma, en la manera como se viste y, a través de ello, en los principios y valores a los que atrae a los otros. Una mujer vestida sin modestia, esto es, con ropa reveladora y sexualmente sugestiva, sea en nombre de la moda, las tendencias o el arte, se proyecta ella misma como un objeto sexual para otros. Lo que dice una mujer sin modestia, sea conscientemente o no, es esto: “Soy digna de que me prestes atención porque soy física y sexualmente deseable; eso es lo hermoso acerca de mí y eso debe influir en tus pensamientos y acciones.” [Una mujer así] no sólo se convierte ella misma en un objeto solamente, sino que se trata de una forma poderosa de distorsionar nuestra percepción de la naturaleza tanto de la belleza como de la sexualidad. Por otro lado, una mujer que se viste sin modestia, es una que –al revelar intencionadamente su cuerpo– proyecta su carácter, el respeto que se tiene a sí misma y su dignidad. Ella dice: “Te valoro primero y sobre todo al valorarme a mí misma y la clase de atención que quiero es importante, porque lo que me importa es la integridad de nuestra interacción.”

La modestia, por tanto, es extremadamente importante. El impacto potencial que tiene esta virtud es inconmensurable y poderoso en el sentido de que provoca efectos muy inmediatos y tangibles. Al aprender a reconocer y entender cómo los dictados del mundo de la moda y la cultura pop han distorsionado la percepción del valor de la mujer, imponiendo gradualmente el mensaje sobre chicas y

mujeres jóvenes de que es bueno, saludable y bello exhibir su sexualidad, nos abrimos nosotras mismas a la gracia de la fortaleza y el discernimiento y con ello ganamos la capacidad de formar relaciones de amistad valiosas y duraderas en todas las áreas de nuestra vida. Y es que la auténtica modestia en el vestir es por naturaleza una reverencia a la persona integral –espiritual, moral, emocional y físicamente y una reverencia a Dios. Esto, naturalmente, atrae la atención de y la relación con el tipo de personas adecuadas, pero lo que es aun más importante: abre un espacio vital para que toda clase de personas sean afectadas e impulsadas hacia la verdad.

Como lo escribe Flannery O'Connor: “En nosotros, el bien es algo que siempre está en construcción.” Hombres y mujeres por igual deben reconocer en sí mismos “el reflejo de la luz divina... una clara imagen de Dios, Belleza ejemplar” (*Oratio Catechetica* 6:SC, 453, 174), de tal modo que esta construcción del bien perdure por encima de las falsas ideologías. Pero este valor inherente a la virtud de la modestia debe ser reconocido y practicado especialmente por las mujeres, que juegan un papel único y significativo en el modo como son afectados la sociedad y el hombre, impulsándolos hacia la felicidad y el bien, que constituyen finalmente su plenitud.

Florencia Niño, 25, tiene 1 hermanos. Ella se graduó como licenciada en filosofía por la Universidad Thomas More y vive en Stamford, Connecticut. Su correo electrónico es florecianino@gmail.com

Tomado de la Revista envoy